

El regreso de Elvira Orphée

Por Soledad Martínez Zuccardi

Elvira Orphée es una gran autora secreta. Leída y admirada por otros escritores (Luisa Valenzuela, Leopoldo Brizuela, María Teresa Andruetto, Martín Kohan, Guillermo Sacconamo), sigue siendo poco conocida por un público lector amplio. Insuficientemente atendida desde el campo de la crítica, ha sido más estudiada en el extranjero que en su provincia y su país. Y, hasta hace muy poco, estuvo excluida de los estudios sobre la literatura de Tucumán y del noroeste argentino. Su obra no es fácil de conseguir (tener un ejemplar de cada uno de sus libros fue para mí un pequeño triunfo; leerlos, un deslumbramiento que persiste). Aunque Orphée publica desde un comienzo en sellos activos de la época (como, entre otros, Sudamericana), sus títulos son luego apenas reeditados. Hace ya unos años volvieron a aparecer tres de sus novelas: *La muerte y los desencuentros* por la Fundación Victoria Ocampo en 2008, *Aire tan dulce* por Bajo la luna en 2009 y *Dos veranos* por Eduvim en 2012.

Esta falta de un reconocimiento pleno podría estar relacionada con su condición de escritora mujer en el siglo XX: “Los escritores ganan premios y tienen sus patotas. Las escritoras no”, afirma ella misma en una entrevista incluida en *Feminaria*. También, probablemente, con el modo un tanto solitario en que desarrolla su carrera, sin el sostén de instituciones o círculos literarios. Si bien ingresa al campo literario porteño por la vía de *Sur* (Pepe Bianco incluye su relato “Las dos casas” en un número de 1951), Orphée no perteneció al grupo articulado en torno a la revista, ni a otros grupos. Sí cultivó, en cambio, vínculos individuales con escritores como Octavio Paz, Julio Cortázar, Elsa Morante, Alberto Moravia, Italo Calvino, Juan José Hernández, Juan Liscano, Alejandra Pizarnik, Leda Valladares. Con Valladares fueron compañeras en Tucumán: dos conspiradoras en el colegio de monjas al que asistían. Tenían la costumbre, como recuerda Orphée, de inventar sórdidos pecados en el confesionario adoptando el nombre de alguna otra estudiante, o de empujar la fila de alumnas en el instante en que se arrodillaban a rezar, para ver, divertidas, cómo caía el tendal de devotas, una detrás de la otra. A Pizarnik la unió una amistad en parte fundada en el humor (jugaban a los “cadáveres exquisitos” y proyectaban con espíritu festivo libros que nunca escribirían), y además en un cierto modo de vincularse con el mundo y con la escritura. “Nos

alimentamos mucho, la una a la otra, hasta el día de su muerte”, confiesa Orphée en una conversación con Leopoldo Brizuela.

Otro factor que quizá contribuye también a esta colocación un tanto excéntrica de Orphée es el hecho de que su obra no encajaba en las líneas entonces más frecuentadas de la literatura argentina y latinoamericana: el *boom*, el realismo mágico, la denominada “literatura comprometida”, o el auge de las escritoras *best seller* como Silvina Bullrich, Marta Lynch, Beatriz Guido. El ya mencionado Leopoldo Brizuela – generoso impulsor de la obra de Orphée– analiza este último punto y afirma que hay “dos tríos de mujeres de esa época”: “uno era el exitoso, el verdaderamente *best seller* que aparecía en televisión” (Bullrich, Lynch, Guido); “después había otro, más secreto, del que ahora se ve cada vez más su valor. Eran Silvina Ocampo, Elvira Orphée y Sara Gallardo”.

Poco preocupada por agradar, Orphée no vacilaba en declarar que Beatriz Guido “era estúpida” o que no podía tolerar “esa literatura de hombres que se limita a charlas políticas en los cafés”. Admiraba, en cambio, a Juan Rulfo, leía a Colette, a Rilke, a Elsa Morante, a “los escritores de antes” como Tolstoi y Dostoievski, a los japoneses Mishima, Dazai, Tanizaki, Akutagawa, “que hipnotizan con su doble aspecto sagrado y maligno”. Además le gustaban Olga Orozco, Juan José Saer, Héctor Tizón. Tampoco ocultaba su rechazo por Tucumán, con frases tan fuertes como “El día que me fui de Tucumán fue el más feliz de mi vida” o “En Tucumán no hubiera escrito ni mi nombre”.

Y es que Orphée y su obra están unidas a la provincia natal por un lazo visceral, hecho de odios y rencores, de olores que persisten y de cierta fascinación. Un vínculo contradictorio y ambivalente, plagado de tensiones no resueltas. Si por momentos desprecia la provincia, reconoce al mismo tiempo en ella un costado fascinante, dado por un misterio y una poesía que a sus ojos no tendría, por ejemplo, Buenos Aires. Su vida en Tucumán estuvo signada por la enfermedad, que la confinó a la cama –a la vez que a la vida interior, a la imaginación y a los libros–, por la muerte temprana de la madre y el desencuentro con el padre, por la rigidez de una sociedad que no podía comprender a una joven desesperada por vivir. Cuenta que le decían “la aventurera” o “la determinada” porque “cuando se me ocurría algo, allá iba”. Esa determinación la lleva a abandonar pronto Tucumán, a los 16 años, e instalarse en Buenos Aires (una decisión sin duda infrecuente entre las señoritas acomodadas de provincia a fines de la década de 1930).

En Buenos Aires cursa la carrera de Letras, obtiene una beca para estudiar en Madrid y de allí pasa a París. Volvería a vivir años después en París y en Roma, ya con su marido, el pintor Miguel Ocampo (sobrino de Victoria y Silvina). En París trabajó un tiempo como lectora en Gallimard (le tocó evaluar el manuscrito de *Rayuela* y entre sus recomendaciones estuvo el nombre de Clarice Lispector). En Roma su belleza habría cautivado a Italo Calvino (aunque ella prefiere presentarle a otra argentina, Ester Singer). Figura de novela ella misma, Orphée sería ficcionalizada por Hugo Foguet en *Pretérito perfecto* (1983), en el vívido personaje de la Negra Fortabat.

A su primer libro, la novela *Dos veranos* (1956), lo publica en Buenos Aires. En una elogiosísima reseña de *Sur*, Rosa Chacel lo celebra como un libro raro, extrañamente nuevo, y no duda en calificarlo de “magistral”. Con una audacia que distingue sus opciones de las tomadas por otras escritoras en la década de 1950, Orphée elige, para hacer su entrada en escritura, el espacio de la provincia y el punto de vista de un mestizo huérfano, feo y pobre. Después seguirían las novelas *Uno* (1961), cuya historia está atravesada por el peronismo; *Aire tan dulce* (1966), acaso su texto emblemático; *En el fondo* (1969), luego reelaborada como *La muerte y los desencuentros* (1989); y *La última conquista de El Ángel* (1977), una impactante exploración de la mente del torturador y de la tortura durante el primer peronismo. Además, tres volúmenes de cuentos: *Su demonio preferido* (1973), *Las viejas fantasiosas* (1981) y *Ciego del cielo* (1991). En toda su obra –potente y original, de singular belleza–, siempre hay alguna rebelión contra las diversas formas de ejercicio del poder.

Aire tan dulce es, entre sus textos, el que ella declaraba preferir. Tal vez porque la intensidad lírica de su prosa alcanza esa poesía que tanto reclamaba: “A mí me han gustado muchos libros como lectora común y silvestre; pero me han importado pocos libros como escritora”, le advierte a Brizuela. “Como escritora, a mí me han importado los que alcanzan poesía. No me interesan ni las tramas ingeniosas, ni los frisos sociales, ni los pensamientos profundos... Yo lo que les pido es poesía”. *Aire tan dulce* tiene el sello de la poesía y también de la provincia. Es de esas novelas que logran crear un universo propio. En este caso, un universo de provincia que evoca, sin jamás nombrarlo, el Tucumán vivido por la autora, que en el texto aparece directamente ligado a la mentira: “sus habitantes sin imaginación, y prácticamente sin habla, se ingenian para presentar a los extraños como un idílico decorado de jazmines. Pero ese decorado, si en algún lado existe, es solo el telón para ocultar lo terrible. Esta torpe vida”.

La cuidada complejidad narrativa de la novela remite al admirado Rulfo, y acaso también a Faulkner. *Aire tan dulce* está contada directamente desde las conciencias de tres personajes, sin mediación de figura de narrador alguna: la joven Atalita Pons, su abuela Mimaya, y Félix Gauna, unido a la primera por una relación de amor-odio. Son personajes, sobre todo Atalita y Félix, que no pueden decir el amor, y están transidos por un afán de absoluto que los lleva a encontrar en el mal la salida creadora ante una plana vida provinciana. Félix elige “el inmenso y espléndido mal”, “el mal luminoso y máximo” como un modo de dar “un manotazo a la grandeza”. Ya que no puede ser el mejor de los hombres, él elige ser el peor: “Seré el último. Pero en alguna forma grande, único. Estoy temblando. En alguna forma le daré el manotazo a la grandeza”. El trabajo fino con la oralidad del noroeste argentino, la construcción de un personaje femenino que obtiene una extraordinaria fuerza de su enfermedad, y la presencia de un sutil procedimiento de autofiguración (mucho de la experiencia de Orphée en Tucumán está en la rebelde y maravillosa Atalita Pons, con su “vivir distinto”), son otros rasgos singulares del texto. *Aire tan dulce* es quizá el libro que Orphée escribió para sacarse a Tucumán de encima. “Supongo que podría decirse que elegí utilizar la provincia más que sufrirla”, reflexiona en una conversación con Gwendolyn Díaz.

Las lecturas pueden tomar giros imprevisibles. Autores destacados dejan de ser leídos, son a veces olvidados, o bien vuelven con un vigor renovado, transformando su colocación en el orden literario. En este último tiempo, cuando se están por cumplir los 100 años del nacimiento de Elvira Orphée, creo percibir un incipiente pero fervoroso deseo de volver a nombrarla, leerla, editarla, estudiarla. Como si su obra estuviera despertando de nuevo, resuelta a interpelar el presente.